**REFLEXIONES EN ESTOS TIEMPOS DE PANDEMIA**

**Fernando Kuhn Cfm**

**Equipo interdisciplinar de CONFAR (EIR)**

En estos tiempos de pandemia florecen un sinnúmero de reacciones respecto a lo que está aconteciendo. Todo tipo de sentimientos arquetípicos se movilizan oscilando entre la autoprotección ante los de “afuera” y la protección y contención de aquellos que viven conmigo, hasta la angustia ante el futuro incierto que esta situación provoca. Toda experiencia de perplejidad ante un horizonte difícil de vislumbrar, siempre genera diversos tipos de ansiedades y muchas de ellas reconducen hacia lo religioso.

En este direccionamiento puede haber movimientos genuinos que ayudan a descubrir una sana dependencia de Dios, como podría sugerir la lectura del Salmo 8, por ejemplo; también puede haber representaciones ingenuas e infantiles que trabajadas pueden conducir a un crecimiento evangélico, pero las hay abonadas con el temor, la angustia y la represión. Éstas últimas son de corte apocalíptico y no falta la citación fundamentalista de algún texto bíblico apelando al castigo de Dios por los pecados de la humanidad. No pocos pastores y evangelizadores las han propiciado.

Uno de los textos que suele aducirse con frecuencia hoy es el del diluvio bíblico, quizás por la dinámica de la cuarentena y el aislamiento social, que se asocian con el encierro en el arca. También se habla mucho de las plagas de Egipto y de otras referencias bíblicas. Ahora me detendría brevemente en los textos del diluvio. Éstos se pueden dividir en dos versiones: la más antigua o primer relato: Gn 5,1-8; 7,1-5.7-10.12.16b. 17.22-23; 8,2b-3a.6-12.13b.20-22. Al otro autor, llamado el Sacerdotal, pertenece el relato más moderno: Gn 6,9-22; 7,6-11.13-16a.18-21.24; 8,1-2a.3b5.13a.14-19; 9,1-7.

Más allá de estas disquisiciones exegéticas, me he encontrado con un libro muy sugerente al respecto y que he vuelto a “visitar” para consultar y profundizar esta breve reflexión. Se trata de “El Dogma que libera” de Juan Luis Segundo[[1]](#footnote-1). El trabajar el texto diluviano, tan antiguo y tan arquetípico, arrojará algunas claves para nuestras comunidades y para el acompañamiento de grupos y colectivos de personas en este tiempo tan especial.

El comentarista teológico nos aporta un dato clave “La geología y la paleontología demuestran que no hubo jamás una inundación que sumergiera la tierra entera después de la aparición del hombre sobre ella, es decir, desde el comienzo de la era cuaternaria…Creo que, al leer esto en la (medianamente) montañosa Palestina, cualquier lector contemporáneo de la redacción comprendería que se está leyendo algo legendario”[[2]](#footnote-2).

Tanto en los autores del relato como en el compilador final no reinaba una preocupación «histórica», si por historia se entiende el obtener una copia exacta de lo acontecido una vez. Se busca el sentido de lo acontecido —o no acontecido, pero narrado—, y es allí, a ese nivel, donde cabe calibrarse la «verdad» del relato.

¿Dónde se ha querido llegar con esta narración, justo en los primeros capítulos del Génesis? Seha procurado afirmar lo que en un lenguaje clásico se diría así, para lo que volvemos a dejar hablar a Segundo: «El que dijere que Dios puede enviar otro diluvio a la tierra (destruyendo su propia creación y el campo de la actividad del hombre) sea anatema». Y, ya que estoy aquí en plena Biblia, séame permitido quebrar una lanza (pequeña) por los anatemas. A sabiendas del mal uso que puede hacerse y muchas veces se ha hecho de ellos. Tener una «opinión» formada sobre algo significa una especificidad, una diferencia. Y saber dónde se halla precisamente esa diferencia o especificidad y a partir de qué punto o límite se pierde, para bien o para mal, es un requisito normal, no único, pero sí indispensable para seguir pensando…más y mejor y para descubrir y comunicar nuevas cosas. La confusión no es libertad.

La intención teológica podría ser que en los momentos en que la escalada del mal llega a un grado tal que hace temer una especie de «arrepentimiento divino» (cf. Gn 6,6-7). O, en otras palabras, que los caminos extraviados den con la humanidad en el precipicio de la destrucción. Ahí entonces, el «dogma» que emerge de ambos relatos, será que siempre pesará más en el corazón de Dios el amor y la compasión por la humanidad. Que la secuencia que se ha vuelto paradigmática siempre colocará, después de cualquier escalada del mal, un nuevo comienzo; pero, del diluvio en adelante, sin destrucción previa. En lenguaje mítico, Dios probó el sabor de la destrucción como castigo, y no lo halló de su gusto”[[3]](#footnote-3).

Traslado todo esto al momento actual y pienso que este texto muestra de manera programática el corazón de Dios. Él traza una alianza con la humanidad y no sólo con ella, también con todo el cosmos, de la que no se retractará. En Génesis 9, 8-17 se afirma de manera contundente que esa Alianza será eterna y Dios no se arrepentirá jamás de amar al género humano. En ese contexto de Alianza de amor tendremos que compartir claves de lectura en nuestro caminar comunitario.

La llamada justamente es a revertir esta leyenda desde la materialidad formal “Dios envió el diluvio” hacia la enseñanza que quiere transmitir a la comunidad lectora de entonces y de todos los tiempos, Dios nos ama tan profundamente que nos acompaña en nuestro dolor potenciando todas las posibilidades de cuidado y de protección porque media una Alianza.

Entonces todos nosotros/as, miembros de comunidades religiosas, con ligazón a tantas pequeñas comunidades y experiencias podemos ser testimonio de ese Dios de Alianza que jamás dejará de cuidarnos, que nunca se desentenderá de la historia. A la vez, ese Dios acaba de ser celebrado en su fidelidad, por medio de la reciente Pascua cuando recordamos la ratificación de la Alianza por el envío del Hijo (Jn 3,16). Por eso, la llamada en esta época de pandemia es testimoniar una Alianza de fidelidad plena.

Evidentemente, en una clave pastoral, todo esto se concreta en las miles de posibilidades de acompañamiento, cercanía y cuidado que testimonian y explicitan un Dios de Alianza que nunca “deja”, nunca “traiciona”, nunca “abandona”, aunque aparentemente permanezca en silencio, sin intervenciones majestuosas. Es probable que no tengamos en nuestras comunidades religiosas, hermanos y hermanas que piensen y sientan de este modo pero sí en la comunidad virtual de las redes, nos encontraremos con muchas de estas posiciones a las que tendremos que redireccionar y corregir desde una clave bíblica liberadora.

1. Cf. SEGUNDO, JUAN LUIS; El Dogma que libera. Fe, revelación y magisterio dogmático. Santander: Sal Terrae, 1989; pp. 25 – 87. [↑](#footnote-ref-1)
2. Ibid. p. 55. [↑](#footnote-ref-2)
3. Cf. Id. pp. 66-68. [↑](#footnote-ref-3)